



LA RÁBIDA

REVISTA COLOMBINA IBERO-AMERICANA

Redacción y Administración: SAGASTA, 51

AÑO V Huelva 31 de Mayo de 1915 Núm. 47

DIRECTOR PROPIETARIO: JOSÉ MARCHENA COLOMBO

ESTUDIO CRÍTICO ACERCA DEL DRAMA

“LA MALQUERIDA”

Conferencia leída en la «Unión Ibero-Americana» el día 15 de Enero de 1914, por José Rogerio Sanchez (Alonso Lopez), acerca del drama de don Jacinto Benavente.

(Continuación)

La Raimunda, el buen sentido hecho mujer en *La Malquerida*, tiembla un momento ante las amargas frases del viejo, y ella le asegura que, sin otra manifiesta intervención de la divinidad, ya en aquella misma hora está siendo castigada la horrible muerte] de Faustino.

RAIMUNDA. No se vuelva usted contra Dios, tío Eusebio; que aunque la justicia no diera nunca con el que le mató tan malamente su hijo, nadie quisiéramos estar en su lugar dél. ¡Allá él con su conciencia! Por cosa ninguna de este mundo quisiera yo tener mi alma como él tendrá la suya; que si los que nada malo hemos hecho ya

pasamos en vida el purgatorio, el que ha hecho una cosa así tié que pasar el infierno; tan cierto puede usted estar, como hemos de morirnos.

Quiero llamar la atención sobre las palabras de Raimunda, y sobre todo lo que ellas significan. Esas palabras son la de una honrada y limpia conciencia de mujer, que

hemos oído mil veces, asistidas de toda la autoridad incontrastable de la buena fé castellana. ¿No recordais que tienen un aroma antiguo, con el que estamos familiarizados? Es el perfume que guardan las nobles arcas de nuestra tradición. Es aroma de sentimientos y consejos y guías del honesto vivir formulados en viejos libros que escribieron aquellas manos de mujer castellana, pueblerina, española, y santa en la Iglesia universal, que llamamos Teresa de Jesús.

Y no hay herida del alma sobre la cual palabras de mujer, sinceras, no pongan frescor y suavidad.

—Así será, como tú dices—comienza el tío Eusebio al reanudar su letanía de dolor; pero ya no le animan aquellos anhelos de vengan-



Mausoleo que la Armada Española dedica al Excmo. e Ilmo. Almirante D. Luis Hernández Pinzón, para que guarde los restos en el Panteón de San Fernando

za. Su ansia toda es evitar nuevos males, aunque la fuerza de su pena le retuerza aún las entrañas y esté a punto de estallar hirviente y amenazante, para ver de lograr en algún lugar contestación a su demanda. Rómpele el diálogo violento con la aparición del Rubio, el criado de Esteban, su confidente; entre ellos dos se ve ya cómo hay graves intereses que han cambiado el orden natural de las cosas. El Rubio es el amo y señor de Esteban; el dueño del Soto es sumiso esclavo de su gañán—que si en verdad pudo decir Calderón en otro drama trágico:

Que el traidor no es menester
siendo la traición pasada—(1)

¡cuántas veces el arma con que atacamos al enemigo se ha vuelto contra nosotros en nuestras propias manos! Si ese arma es un hombre, cuanto mejor haya servido para la alevosía, tanto más puede asegurarse que será el fiscal implacable de ella.

La tragedia está al parecer en su cumbre. No hay tal.

Alguien, con tan buena intención como cumplida ignorancia, dijo que *La Malquerida* era un melodrama hermoso, y lo dijo en letras de molde...

Crear un bello melodrama ya no es empresa para todos los días ni para todos los artistas; pero como melodrama debe significar una acción trágica, interesante por lo episódica, y esta es su naturaleza esencial, lo episódico; y precisamente en la obra de Benavente, que podría ser muy bella siendo un melodrama, nada hay de episódico, sino que todo, cual cumple a lo substancial en el drama trágico, es de una simplicidad extraordinaria, queda probado para los hombres de buena fe, que *La Malquerida* no es un melodrama, aunque en el punto a que hemos llegado podría perfectamente declinar hacia esos derroteros, y no hacia los de la tragedia, que en estos momentos es precisamente cuando se inicia.

Si en vez de empezar ahora a alumbrar ya el conflicto trágico, de lo cual todo lo anterior apenas ha sido más que expositivo, se complicara la acción con nuevos y sorprendentes recursos sentimentales, estaríamos en el caso de aquel señor alguien que así confunde los papeles y los diagnósticos. Pero por fortuna para el arte español, no se trata de un melodrama, ni de una comedia sentimental del tipo de *El delincuente honrado*, ni siquiera de un drama de efectismos sorprendentes y legítimos, como en *Un drama nuevo*.

Estamos lisa y llanamente ante un drama trágico y, para mejor decir, ante una tragedia en toda la esplendidez y actualidad de este género teatral.

(1) *La vida es sueño*.—Jornada III, escena XIV.

La confidencia de Norberto a su tía en la escena V nos pone enfrente de toda intensidad del drama. Quien desee encontrar escena más hábil, más artística, más humana, que busque entre los dramas de Eurípides, en las comedias de Aristófanes, en Shakespeare, en Tirso de Molina o en Molière: y si encuentra alguna más verdadera, más natural, más equilibrada, más austera, que la apunte para gloria de su olfato artístico.

Si algo se necesita para revelar la trama de la tragedia, no será una carta, ni una conversación escuchada detrás de una puerta, ni una gacetilla de periódico, ni el teléfono, el medio por el cual el autor nos pone en autos. Es únicamente la «voz del pueblo», que a drama de tan honda raigambre humana nada artificial le cuadraría. Es el pueblo mismo, es la musa popular, que tantas honras enaltece y tantas ridículas preocupaciones castiga, que tantas virtudes premia y tantas sentencias dicta, la que viene a decirnos aguda, punzante, certera:

El que quiera a la del Soto
tié pena de la vida.

Por quererla quien la quiere
le dicen la Malquerida.

Termina el acto con la escena VI. La Acacia deja entrever en sus aceradas respuestas lo tenebroso de su corazón, para ella misma indescifrable. Raimunda, su madre, se siente asfixiada por el vaho de maldad que la rodea y no sabe de dónde puede venir.

¿Quién es el culpable? ¿Esteban, la Acacia, el Rubio, ella?

Acaso todos, tal vez nadie; el tiempo... la ocasión...

Y vamos al *tercer acto*.

Un conocido escritor (que nunca regatea su opinión, autorizada sin duda, sobre cuanto ocurre, haya ocurrido o pueda ocurrir, ya en el arte, ya en la política, ya en las cuestiones sociales, así sobre enseñanza como sobre jurisprudencia) escribió, pocos días ha, en un periódico ilustrado que alcanza justa popularidad, lo siguiente con relación al enlace del acto segundo con el tercero en *La Malquerida*:

«...en aquel momento de la obra, cuando concluye su segundo acto, asistimos al inefable misterio de la íntima y absoluta compenetración del poeta y de su público, que es el fin supremo del arte y su fuerza incontrastable y soberana.

Pero esa compenetración se pierde luego, no porque sea más inmoral, más monstruosa—si es que cabe el más o el menos en eso,—sino porque es menos explicable, menos verosímil, dado lo que por el poeta mismo sabe-

mos, puesto que en su obra lo hemos visto y escuchado. Ha mediado muy poco tiempo entre el segundo acto y el tercero para que aquella sublime indignación de Raimunda, hecha de celo vehementísimo de madre y de celos violentísimos de hembra, pueda fundirse en aquella infinita piedad de la escena con su marido.»

Refiérese aquí el crítico estimable a una de las más delicadas escenas, de las más íntimas y misteriosas que se pueden explorar en el misterio del corazón humano.

Dijo aquel gran poeta que pudo serlo en el futuro siglo de oro de la filosofía española:

¡Es misterioso el corazón del hombre,— como una losa sepulcral sin nombre! (1)

El crítico a quien aludo pasó por encima de esa losa sepulcral, y a pesar de que el epitafio de todas las muertas ilusiones habíase escrito sobre el corazón de Raimunda con las ansias de todas las misericordias, no acertó a leerlo. Para él no tienen nombre, no tienen explicación fácil, las palabras aquellas con que la honrada esposa acoge al marido fugitivo, que vuelve lacerado, presa de todas las torturas, escarncido por su criado, implorando misericordia, que no se atreve a suplicar perdón; pidiendo licencia para escapar de una vez para siempre de aquella casa.

«...Déjame, déjame; ya no soy de esta casa. Déjame, que aquí aguardo a la justicia; y no voy yo a buscarla y a entregarme a ella, porque no pueo más, porque no podría tirar de mí pa llevarme. Pero si no quieres tenerme aquí, me saldré en medio del camino pa dejarme caer en mitá de una de esas herrenes, como si hubieran tirao una carroña fuera.»

Amor y bravura; amor para las altas empresas, y la más alta es perdonar; bravura para defender la honra, y en Castilla lo más hermoso es no confundir la justicia ideal con las justicias humanas; amor y bizarría, en fin, son la masa con que se ha

hecho la mujer española. Raimunda nada dice de absurdo, nada de extraño cuando, feroz y dolorida, vengadora y apiadada, fustiga y llora, hiere y restaña la sangre en las heridas que abre su venganza, que es la justicia, la única justicia que ella quisiera aplicar, para reparar ofensas de las que ella solo puede ser juez, de las que acaso solo ella misma puede ser redención:

Límpiate esos ojos. Sangre tenían que haber llorao. ¡Bebe una poca de agua! ¡Veneno había de

ser! ¡No bebas tan aprisa, que estás tóo sudao! ¡Mira cómo vienes! ¡Arañao de las zarzas! ¡Cuchillos habían de haber sío! ¡Trae aquí que te lave, que dá miedo de verte!

He dicho antes que el aludido publicista no acertó a leer el epitafio de la losa sepulcral. En esta

sepultura de la felicidad de Raimunda había una lápida con una inscripción que podían leer dos personas: las dos mujeres únicas que intervienen más de cerca en el drama que vimos estallar entre Acacia y Esteban.

El corazón femenino podía explorar aquellos misterios: Juliana, la antigua criada de Raimunda, la que vió nacer a Acacia, ya se había aventurado por entre las tinieblas donde gemían los sentimientos de ésta. En la escena IV, en aquel diálogo en el cual pondera la Acacia todo el odio que siente hacia su padrastro:

JULIANA. Jesús, muchacha, que estás diciendo? ¿Y hubieas tenío valor? ¿Y hubieas ido y le hubieas matao?

ACACIA. ¡Qué sé yo y a quien hubiea matao!

JULIANA. ¡Jesús! ¡Virgen! Calla esa boca. Tú estás dejáa de la mano de Dios. ¿Y quiés que te diga lo que pienso? que no has tenío tú poca culpa de todo.

ACACIA. ¿Que yo he tenío culpa?

JULIANA. Tú, sí, tú. Y más te digo. Que si le hubieas odiao como dices, le hubieas odiao sólo a él. ¡Ay, si tu madre supiera!



Grupo de excursionistas que acompañaron al eximio literato, poeta y académico Ricardo León (X) en su visita al Monasterio de Santa María de la Rábida

(1). Campóamor.

- ACACIA. ¿Si supiera qué?
- JULIANA. Que toa esa envidia no era de él, era de ella. Que cualquiera diría que, sin tú darte cuenta, le estabas queriendo.
- ACACIA. ¿Qué dices?
- JULIANA. Por odio náa más no se odia de ese modo. Pa odiar así tié que haber un querer muy grande.
- ACACIA. ¿Que yo he querido nunca a ese hombre? ¿Tú sabes lo que estás diciendo?
- JULIANA. ¡Si yo no digo náa!
- ACACIA. No, y serás capaz de ir y decírselo lo mismo a mi madre.
- JULIANA. ¿Te dá miedo, verdad? ¿Lo ves como eres tú quien lo está diciendo tóo? Pero está descuidá. ¡Qué voy a decirle! ¡Bastante tié la pobre! ¡Dios nos valga!

Si la Juliana había inquirido así, en el espantoso proceso de los odios de Acacia, motivo hay para suponer que Raimunda, la pobre madre, en aquellas palabras de Juliana reprochando a la Acacia el que jamás hubiese llamado padre a Esteban, encontrara la única razón del mal pensamiento que a éste había exaltado.

La sirvienta, fiscal despiadada, tenía la vista escrutadora para llegar a todos los repliegues del corazón de Acacia; la madre no podía ahondar, sin herirse, sin lacerar a su hija inocente, a tan íntimas profundidades. Bastábale con pensar en que la culpa de aquella situación horrible estaba en el desvío de Acacia, asiento de todos los bastardos deseos de Esteban. Nadie, pues, era del todo culpable. La misteriosa fatalidad lo explicaba todo. Esteban era digno de lástima; acaso un día podía ser perdonado.

RAIMUNDA. No está ya el mal en que yo te perdono o deje de perdonarte. A lo primero de saberlo, sí, no había castigo que me paeciera bastante pa tí. Ahora ya no sé. ¡Si yo creyera que eras tan malo pa haber tú querido hacer tanto mal como has hecho! Pero si has sío siempre tan bueno, si lo he visto yo, un día y otro, pa mí, pa esa hija misma, cuando viniste a esta casa y era ella una criatura; pa los eriaos, pa toos los que a tí se llegaban, y tan trabajaor y tan de tu casa. Y no se pué ser bueno tanto tiempo, pa ser tan criminal en un día. Tóo esto ha sío... ¡qué sé yo! miedo me da pensarlo.

Pero no bastan las disculpas acumuladas para encubrir el delito de Esteban. Raimunda ha de acudir a otros recursos, los más inquietantes, los que la han de robar para siempre y de todos modos la paz anhelada, pero en los cuales busca una ex-

plicación que atenúe la culpabilidad de aquel Esteban, a quien ella amó con toda el alma, a cuya pérdida no puede resignarse. La superstición, aliada por un momento a la piedad para que aquélla no sea pecaminosa, le hace recordar una conseja maternal:

RAIMUNDA. Mi madre, en gloria esté, nos lo decía muchas veces, y nos reíamos con ella, sin querer creernos de lo que nos decía. Pero ello es que a muchos les tié pronosticao cosas que después les han sucedido. Que los muertos no se van de con nosotros, cuando parece que se van pa siempre, al llevarlos pa enterrar en el camposanto, que andan día y noche alrededor de los que han querido y de los que han odiao en vida. Y sin nosotros verlos, hablan con nosotros. Que de ahí proviene que muchas veces pensamos lo que no hubieamos creído de haber pensao nunca.

ESTEBAN. ¿Y tú crees?

RAIMUNDA. Que too esto ha sío pa castigarnos; que el padre de mi hija no me ha perdonao que yo hubiea dao otro padre a su hija. Que hay cosas que no puen explicarse en este mundo. Que un hombre bueno como tú, puea dejar de serlo. Porque tú has sío muy bueno.

ESTEBAN. Lo he sío siempre, lo he sío siempre y de oírtelo decir a tí, ¡qué consuelo y qué alegría tan grande!

En tal situación de espíritu, ya son bien explicables las bruscas transiciones de Raimunda al encontrarse con su marido desgarrado, hambriento, herido, suplicante, atenazado por el remordimiento y culpable de un crimen que ella quiere creer que no pudo ser cometido.

¡Corazón, corazón, cuántas veces has buscado para tus propias flaquezas, razones que no te hagan despreciable; con cuánta temeridad no te has lanzado, si eres generoso y bien nacido, a encontrarlas para disculpar las debilidades y miserias de aquellos a quienes bien hayas querido!

...¡Bebe una poea de agua! ¡Veneno había de ser! ¡No bebas tan aprisa, que estás tóo sudao!

Pero la tragedia es huracán que no se sosiega mientras haya un ser que resista a su empuje. Solo en la soledad absoluta, cuando nada se oponga al paso del vendabal, es cuando el que mira desde la altura adonde las tempestades no alcanzan, podrá decir que todo está sosegado, que la calma es señora del vacío.

Y en el drama de Benavente quedan aún en pié las tres víctimas del infortunio; es preciso que las

tres doblen la cabeza al golpe fatal del rayo que han forjado con sus celos, sus amores, sus debilidades, sus luchas, sus caídas, sus victorias, sus lágrimas, sus esperanzas, sus delitos, sus arrepentimientos.

Acacia ha oído que su madre se dispone a luchar para salvar a Esteban; Acacia irá una temporada al pueblo cercano, se alejará de casa, se procurará la menor deshonra en la familia... y ¡quién sabe si un día volverá a lucir la buena estrella de las noches en paz sobre la familia del Soto!

Pero estamos llegando al fin de un proceso terrible. Cuando en los días caniculares pesa sobre nosotros el ambiente caliginoso; cuando vemos en el horizonte las primeras guedejas de una nubecilla que el sol platea; cuando el viento abrasa y oprime nuestro pecho, ¡con qué angustia, no miramos al sol que fué alegría en la aurora, a la nubecilla que se agranda, y se agranda y se ensombrece; con qué recelo no vemos venir la tormenta, oímos el silencio de tumba en que la naturaleza se adormece, volvemos hacia nuestros hogares anhelantes, presentimos los golpes del huracán sobre cuanto a él quiera resistir, zumba en nuestros oídos el trueno que no ha trepitado, y, sin embar-

go, la tempestad no por eso deja de estallar a su hora, y en ella es cuando el fulgor del rayo nos deslumbra y el retumbar de los espacios nos aterra!

Así en las grandes tormentas del corazón. La Acacia ama a Esteban; Esteban asesinó por el amor de Acacia. Todos lo sabemos ya y si tenemos el valor de decirlo, todos sabemos que el rayo debe saltar, culebreante, calcinador. Sin embargo, nosotros, que llevamos ya dentro de nuestra propia alma toda la desesperante inquietud de aquel estado de cosas, que son las negras máculas del vivir, oímos con susto las palabras de Acacia cuando, impulsada por aquella madre, toda misericordia, a lanzarse en los brazos de Esteban, del que debió mirar como padre, la vemos caer rendida, derrotada por la fuerza de una pasión que comenzó en odio al intruso, y termina como la tempestad que se anuncia en nubecilla nacarada, en descarga terrible, que prende en la encina más arrogante de

la selva y abrasa en el cajigal hasta la última brizna de paja.

Pero contemplad la magnitud de la escena.

Esteban, a dos dedos de redención, quiere escapar de aquella casa, que él cree ser el único que deshonra con su maldita afición por su hijastra. Huir, huir, como Edipo ante los crímenes cometidos; huir siempre, perdido el hogar, perdido el amor, perdida toda esperanza; vaciados los ojos que no acertaron a prevenir el pecado.

Huir *sin reclamar* ya misericordia (porque en ella se fió un momento, a ella se pidió perdón, y ella falló también), *es morir ahogado a la orilla*, como, con frase que grabó indeleble en lengua castellana, dijo aquel don Francisco de Quevedo, gloria nuestra.

(Se concluirá).



Un gran pueblo

Un pueblo que ha sido durante mil años, y del XI al XVI especialmente, el primer pueblo de Europa, igual a Grecia por la epopeya, a Italia por el arte, a Francia por la filosofía.

Este pueblo ha tenido un Leonidas con el nombre de Pelayo y un Aquiles con el nombre del Cid. Este pueblo

que empezó con Viriato, ha tenido un Lepanto, como los griegos una Salamina. Sin este pueblo, Corneille no hubiese creado la Trajedia, ni Colón hubiera descubierto la América.

Este pueblo es el pueblo indomable del Fuero Juzgo, casi tan defendido como Suiza, por su relieve geológico, porque el Mulhacen es el Mont-Blanch como 18 a 24.

Ha tenido su Asamblea de la selva contemporánea del Forum de Roma, meeting de los bosques, donde el pueblo reinaba dos veces al mes, en la luna nueva y en la luna llena; ha tenido Cortes en León, 77 años antes que los ingleses tuvieran su Parlamento en Londres; ha tenido el Juramento de Medina del Campo bajo el reinado de Don Sancho; en las Cortes de Berja ha tenido su tercer Estado preponderante y se ha visto a Zaragoza mandar 15 Diputados en 1307; reinando Alfonso III ha proclamado el deber y el derecho de insurrec-



Pintoresca subida al Monasterio de la Rábida. Al frente el monumento a los descubridores

ción; ha instituido en Aragón el hombre llamado Justicia, superior al hombre llamado Rey; ha levantado, frente al trono, el temible *sina nón*; ha rehusado el impuesto a todo un Carlos V.

Naciente este pueblo, tuvo en jaque a Carlomagno y expirante ha tenido en jaque a Napoleón.

Este pueblo ha tenido enfermedades, ha sufrido plagas; pero en suma, ni las plagas deshonran al león, ni las enfermedades a España.

En la navegación, en la aventura, en la industria, en el comercio, en la invención aplicada, en la creación de itinerarios desconocidos, en la iniciativa, en la colonización universal, ha sido una Inglaterra, con el aislamiento de menos y el sol de más.

Ha tenido capitanes, doctores, poetas, profetas, héroes y sabios.

Este pueblo tiene una Alhambra, como Atenas su Parthenon; tiene Cervantes como tenemos Voltaire.

El alma inmensa de este pueblo ha arrojado mucha luz sobre la tierra.

Hoy esa nación renace de sus cenizas como el Fénix; pero lo que es fábula del Fénix, es verdad en ese pueblo.

España, si sus hijos quieren, puede recuperar su rango, hacerse igual a Francia y a Inglaterra y puede ser el equilibrio europeo arrojando en balanza su propio peso.

Sería esta potencia, España regenerada, desde el punto de vista de la marina y del comercio, la devolución de vida al doble litoral, que ha reinado en el Mediterráneo antes que Venecia y sobre el Océano antes que Inglaterra; sería, en fin, Cádiz igual a Southampton, Barcelona igual a Liverpool, Madrid a París.

Es menester no olvidar que España es un gigante de pié en Europa, detrás de una barricada: los Pirineos.

Victor Hugo



LA HISTORIA Y EL ARTE EN NIEBLA

(Conclusión)

Al referirse a la época musulmana, cuya dominación duró varios siglos, citó el recinto amurallado, uno de los más completos que existen en España reconstruido por Alen-Mafot, último monarca o regulé almohade independiente de la Sibra árabe, detallando sus puertas históricas como la de Hispalis, que miraba hacia Sevilla; la del Buey, por la tradición del buey gordo que los moros echaron hacia el campamento de las tropas sitiadoras de

Alfonso el Sabio, como ardid para demostrar la abundancia de víveres; la llamada de Bidgnadi o del Agua, debido a la memoria del caballero musulmán que primero hizo entrar por ella agua potable, obteniendo por ello la mano de la princesa, hija del rey, y por último la del Aceche o del Río, con un gran fondeadero, que sirvió ya de puerto de embarque en la época romana para los minerales de Riotinto.

Observó que de la mezquita oriental se conservaba todavía desde el siglo XII su minarete, desde donde el Muesín convidaba a la oración, convertido hoy en torre del templo parroquial dedicado a Santa María, así como la mezquita occidental a San Martín, en cuya iglesia se ve una antigua pintura de la fecha en la que aparece el santo partiendo con su espada la capa que regaló a un pobre.

Como también recordaba el paso de los musulmes el Arraba (hoy arrabal), en donde Abuzarcaya, caudillo almohade, al frente de sus huestes, al entrar triunfante en Niebla, hizo pasar a cuchillo en aquel lugar, hasta hacer correr arroyos de sangre a más de doce mil soldados almoravides que defendían la plaza.

Hizo mención a las arcas de herradura que se veían por todas partes, que ya estuvieron presagiadas en los monumentos godos y que después adoptaron los árabes, porque les servían de símbolo y recuerdo de la huida del profeta Mahoma a Medina en un poderoso caballo, que dejó la señal de su casco en la arena, cuyo azaroso viaje fué alumbrado por la reina de la noche, la luna, que estaba en su plenilunio, representando además la multitud de cúpulas esféricas la bóveda del firmamento, residencia de Allá.

Del apogeo de las artes en aquella edad daban prueba elocuente la multitud de capiteles y columnas esparcidas por todas partes, azulejos en relieve con dibujos geométricos y colores vivos tornasolados, brocales mudéjares con inscripciones, monedas cuadradas y redondas, vasijas pintadas y otros utensilios, de los cuales había ejemplares en el Museo parroquial, así como curiosas piedras tumulares arábicas.

Después pasó el conferenciante a tratar de los tiempos de la Reconquista cuando Sebla fué sitiada por el infante don Sancho de Portugal, por el Arzobispo don Rodrigo y últimamente por don Alfonso el Sabio, siendo esta la primera ciudad que tomó a los moros y en cuyo sitio se creó por primera vez la pólvora por los árabes, pues según la crónica las balas quemaban más que el ferro.

Hizo notar que don Alfonso, después de la victoria, dejó como recuerdo de ella en su templo o mezquita principal una interesante imagen de la

Virgen, sentada, con una granada en la mano, con cuyo símbolo de caridad se apareció María en Llerena, en tiempos de su padre San Fernando, al gran Maestre de Santiago don Pelay Perez Correa. Completó esta donación un Cristo crucificado, de formas toscas, de la época de transición de los cristos triunfales a los cristos doloridos y los pendones ganados a la morisma.

Desde esta época, en recuerdo de los prelados eleplenses y del arcedian Juan Juvencio, que acompañó a Toledo al último obispo de Niebla que con los de Medina Sidonia y Ecija huyeron de los Almohades, el Arzobispo de Sevilla, señor Lezana, fundó el Arcedianato de Niebla, al que pertenecieron varones eminentes.

Describió como la ciudad de Niebla, después de la Reconquista estuvo sometida a los Condes, siendo la primera condesa doña Beatriz de Portugal, hija de Alfonso el Sabio, después don Fernando, hijo de don Pedro el Cruel, y más tarde el fratricida de Montiel, don Enrique le cedió en feudo a don Juan Alonso de Guzmán, señor de Sanlúcar, que casó después con la hija del monarca, doña Beatriz de Castilla, adaptando en

sus escudos, de forma ojival invertida, y que se usaron en los siglos XIII y XIV, los castillos y leones, terminado en corona conchal, adornada con hojas de trebol, y el cual se conserva en la iglesia parroquial.

Recordó como de estos tiempos se conservaban interesantes privilegios de fueros en el Archivo Municipal, existiendo algunos de ellos con los sellos rodados y la firma de los prelados españoles. Debiendo atribuirse a las mismas centurias XIII y XIV los sellos plumbeos ovalados, que se guardan en el Archivo parroquial, semejantes a los del Cardenal de Toledo Gil Carrillo de Albornoz y a los existentes en las catedrales de Burgos y Sevilla.

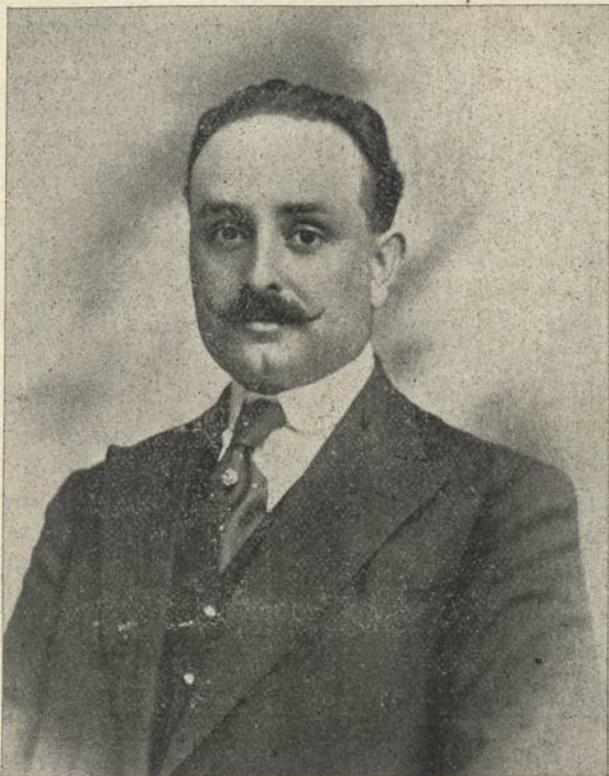
Refirió como no faltaron revueltas en aquellos tiempos, que originaron la decadencia y postración de Niebla, haciendo huir a sus caballeros y nobles, pues en tiempos de don Enrique III fué pasada a saco, ajusticiándose a más de mil, repitiéndose

los saqueos y crueldades en tiempos de Fernando V.

Hizo mención de los Condes que se distinguieron, entre ellos, de don Enrique I, que residió en Niebla en 1402, a quien se debe el crucero gótico florido de Santa María y la forma actual que todavía conserva. De Enrique II que reconstruyó el Alcázar, desde su pie, en tiempos de los reyes católicos, dándole la forma que hoy tiene y levantando la torre del Homenaje de la Reina, con tal esbeltez, que Rodrigo Caro la comparó con la Giralda de Sevilla. Pero desgraciadamente fué destruida en el terremoto de 1755, arruinándose después todo el Alcázar, que ya estaba abandonado desde tiempos de Carlos V, en el período de la guerra de la Independencia.

Para juzgar de la importancia de Niebla en la Edad Media, bastaba considerar la multitud de sus habitantes, cuyo número llegó a elevarse a más de cincuenta mil, siendo también varias sus iglesias y templos, como el de Santa María, San Lorenzo, San Martín, San Miguel, San Millán, Santo Domingo, la Misericordia y Nuestra Señora de los Angeles, según aparecen de la crónica del tiempo del Arzobispo Tapia.

Describió como el culto de la iglesia mayor de Santa María fué esplendoroso en los siglos medios, de que daban idea los magníficos velos de seda, que separaban el altar mayor del resto de la nave principal, al estilo griego, los cuadros de célebres pintores desaparecidos en las revueltas de 1835, como el de la mujer adúltera, atribuido al Florentino, de la colección Lupiañes y el de los Reyes Magos de Van der-Weiden de la colección Boza y otros, conservándose todavía dos Cristos de marfil, uno de estilo florentino y el otro de buena talla y expresión hebrea. Del magnífico retablo del altar mayor, obra del Renacimiento del siglo XVII, se ven todavía reminiscencias platerescas, hallándose adornado de buenos cuadros de la escuela sevillana y adoptando la forma de tríptico. También en los antiguos inventarios de esta Iglesia, se reseñaban ornamentos de terciopelo con bordados de imágenes, existentes algunos de ellos en Sevilla y Moguer, y



D. Rogelio Fajardo, prestigioso Maestro Nacional de Gibraleón, iniciador de una serie de Conferencias culturales a las que han concurrido prestigiosas personalidades de Huelva y Sevilla

santorales miniados. Actualmente, la joya escultórica mejor del templo es un Nazareno, que se atribuye a Martínez Montañés o a otro artista notable.

Para concluir indicó, como detalle característico de los recuerdos medievales, cómo todavía se conservaba en Niebla sin confundirse la raza de gente mestiza, oriunda de Africa y que los mareantes de Huelva y Palos que frecuentaban en los siglos XIV y XV las costas de Guinea, trajeron como esclavos a los mercados de Andalucía, dando el quinto a la Hacienda pública.

Terminó el señor Cura Párroco de Niebla su erudita conferencia encomiando el estudio de la Historia, gran maestra de la vida, por las enseñanzas que contenía, especialmente para el gobierno de los pueblos, haciendo resaltar como los pueblos fueron siempre celosos de conservar sus tradiciones, que los antiguos llevaron hasta sus fábulas y cantos de gesta, donde se ensalzaban los hechos de sus mayores. Por lo cual, como decía Emersón, la Historia era la poesía de la vida, sabiendo entenderla bien. Por eso, del propio modo, como observa Iriarte, en todo tiempo, pero especialmente en los orígenes de los pueblos, el historiador y el poeta, el músico y el juglar se enlazaron, considerándolos una misma cosa.

Juan de Niebla



Conferencia de doña Blanca de los Ríos en el Ateneo de Valladolid

Con verdadero gusto damos a conocer a nuestros lectores la hermosa conferencia dada por la cultísima escritora doña Blanca de los Ríos de Lamperez.

Muchos elogios pudiéramos y debiéramos hacer de la labor que viene realizando la distinguida Vicepresidenta del Centro de Cultura Hispano-Americano de Madrid, honra de España y de la mujer española, pero como es de sobra de todos conocida y con frecuencia se honran nuestras páginas con sus conferencias, discursos y trabajos, nos limitamos a transcribir la bellísima conferencia que ha dado recientemente en la simpática capital valisoletana.

Hela aquí:

Comenzó la insigne escritora dando las gracias al Ateneo por haberla invitado a dar la conferencia y declarando que no había venido a descubrir al maestro Menéndez y Pelayo, sino a sentir un verso de Nuñez de Arco, aquel que dice:

«Recordar es vivir...»

Vengo—dijo—a recordar la vida y la obra de quien muchos entienden que se habló ya demasiado; pero de quien yo creo que no se empezó a hablar todavía.

Antes que Menéndez y Pelayo, tendrán en España estatuas los toreros y los voceadores de Club. Y sin embargo, afirmó doña Blanca, no hemos de atribuir a ingratitud ni a desamor de la muchedumbre el apartamiento en que siempre vivió respecto de Menéndez y Pelayo, sino a ignorancia.

Diríase que por designio providencial el glorioso polígrafo santanderino cursó sus estudios en Santander, en Barcelona, en Valladolid y en Madrid, como para que fuese recogiendo el alma histórica de las regiones que él como nadie acertó a fundir en la gran síntesis hispánica, que es su obra.

En la Universidad de Barcelona, que tenía—al decir de Menéndez y Pelayo—«una vida espiritual propia, aunque modesta», comenzó éste a educarse y allí conoció a Milá y Fontanals, uno de los hombres que más influyeron en la vida y en los estudios del maestro y para quien tuvo siempre un recuerdo de cariño y una palabra de elogio.

En su breve estancia en Barcelona, Menéndez y Pelayo se adueñó de la lengua, de la cultura y del espíritu de la región catalana, que le tuvo por suyo y que como a hijo le ha llorado; y aquella fuerte transfusión de sangre levantina por sus venas de cántabro, influyó en alto grado en la formación de su personalidad, predestinada a sintetizar la enorme vida nacional, tan múltiple y tan una.

Después de Milá y Fontanals, fué don Gumerindo Laverde y Ruiz quien mayor influencia ejerció en la vida y en la obra de Menéndez y Pelayo, así que puede afirmarse que éste salió de Santander ya poeta y humanista, a los quince años; salió de Barcelona, a los diez y ocho, crítico, literario, bibliógrafo y erudito, acopiando los materiales para sus primeras grandes obras, llevándose en el alma aquella infusión de sereno clasicismo que le hizo tan amante de Horacio y de fray Luis, aquella noble doctrina de probidad científica que acrisoló su crítica excelsa, y despidiéndose de Cataluña con su apoteósica oda a Cabanyes. Y al hallar en Valladolid a Laverde, creeríase que bebió en sus labios la vocación filosófica, y fué cierto que de aquella alma de sabio patriota recibió su luchadora juventud el impulso que le arrojó a la candente arena de la polémica filosófico-religiosa, cuando con ímpetu de paladín de la patria y de la fé escribió las ardientes páginas de *La ciencia española*, agrandando el ingente inventario que—como dijo Vázquez Mella—«completaba la obra de Nicolás Antonio»; el índice prodigioso de la inmensa producción de la España antigua, libro que quedará siem-

pre en pié como afirmación magnífica del pensamiento filosófico español, de la opulenta aportación española al acervo de la ciencia universal.

A la edad en que todos los hombres derrochan la vida a los cuatro vientos de la ilusión, del placer o de la loca frivolidad, a los veinte años, cargado de laureles universitarios, sorbido todo un mundo de lectura, trazado el plan de sus tres gigantescas obras: *La Ciencia española*, *Los heterodoxos españoles* y *la Historia de las ideas estéticas*, cada una de las cuales hubiera agobiado las espaldas a un Atlante intelectual, emprendió el juvenil polígrafo su peregrinación por Europa, sorbiendo la esencia de todas las bibliotecas, bebiendo el espíritu de todas las civilizaciones, el alma estética de todas las razas, removiendo los yacimientos de treinta siglos de cultura, y saludando con un grito de júbilo cada soterrado vestigio del arte o del saber hispano que él con mente creadora, reconstituía e incorporaba a la reedificación de nuestra vida histórica, a la resurrección de nuestra conciencia para afrontar el porvenir.

En Santander, de vuelta de Lisboa, donde comenzó a iniciarse en toda la cultura portuguesa y antes de salir para Roma, mientras acababa su *Horacio en España*, su amor al poeta latino le inspiró sus mejores versos, la *Epístola a Horacio*, fechada en Diciembre de 1876. Aquella *Epístola* era su manifiesto poético, el fermento de la doctrina estética bebida de los labios del patriarca Milá, que no cabiendo en las páginas de sus *Solaces bibliográficos*, estallaba en los rotundos y viriles versos que parecen el alma visible de aquel gran humanista de veinte años, que abrazado al alma de Horacio quería recorrer la Ciudad Eterna y protestaba del espíritu del Norte, de sus ásperas lenguas y de sus nieblas, engendradoras de

«esta vaga mortal melancolía
que al mundo enfermo y decadente oprime».

Tal es su ideal al partir para Roma: empalmar nuestra historia, revivirla entera desde sus fuentes latinas, suscitar en su patria un nuevo Renacimien-

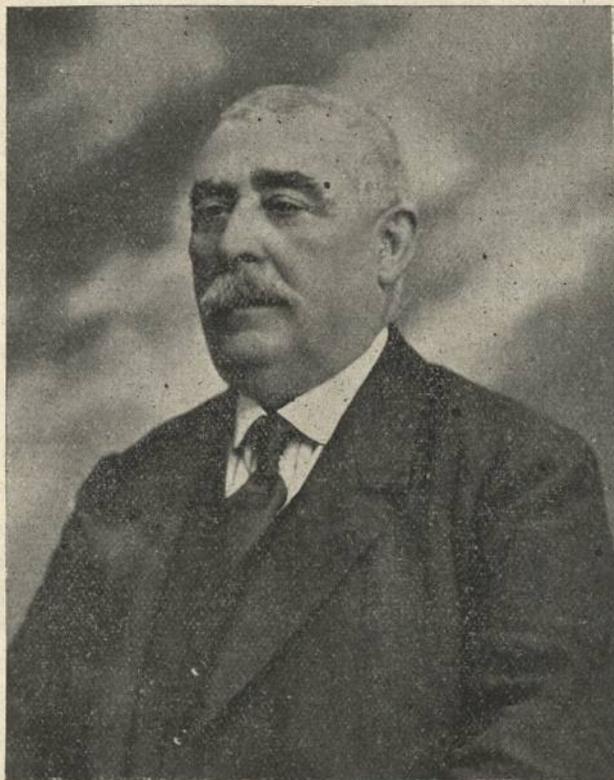
to. Pero todo ese Renacimiento lo vivió él, lo realizó él solo en su obra ingen'e.

Al volver de su fructuoso viaje, acabó Menéndez y Pelayo una de sus hercúleas hazañas de reconstrucción patriótica, su *Historia de los heterodoxos españoles*, obra la más interesante de su autor por lo que contiene de su obra y de su espíritu en el momento en que la produjo, por la revelación, del entonces casi inexplorado mundo de las herejías y de las supersticiones en España... Este

libro, sobre su valor filosófico, sobre su valor histórico y su valor psicológico, tiene el alto valor patriótico de haber hecho saltar en mil añicos al mentiroso espantajo de nuestra leyenda negra, pues como dice don Juan Valera, prueba esta obra que la intolerancia o el fanatismo jamás ahogó entre nosotros el libre pensamiento...; patentiza que hemos tenido no menos grandes pensadores heterodoxos que ortodoxos, y nos defiende, por último, de la injusta acusación de haber sofocado entre nosotros el pensamiento filosófico quitándole la libertad y hasta de haber destruido la civilización hispano-semita y arábica, como pretende Draper, por

ignorancia o por malicia, cuando sucedió todo lo contrario.

Obra también de la mocedad del gran polígrafo es *Calderón y su teatro*. En esta obra, con bravo arranque de independencia de juicio, en plena apoteosis calderoniana, alzóse el campeón del tradicionalismo a luchar contra los lugares comunes y las declaraciones enfáticas a combatir por el Calderón español—el verdadero, el eterno—contra el amañado Calderón del romanticismo germánico. Calderón era altísimo poeta religioso, tanto, que en la historia de la alegoría, dentro de la literatura cristiana, había que colocarle en puesto muy cercano al Dante, pero no era el único ni el mayor de nuestros poetas dramáticos. El libro *Calderón y su teatro* contiene, juntamente con la crítica de Calderón, la apología de Tirso, a quien el maestro concede resueltamente la primacía y superioridad en cada uno de los géneros en que Calderón le sigue



D. SILVESTRE SABATER

Popular Alcalde de Gibraltor que puso los prestigios de su cargo al servicio de la simpática obra del señor Fajardo

o le imita: la comedia palaciega, la de capa y espada, la de carácter, la tragedia, el drama histórico y el drama religioso, concediendo, además, la primacía a Tirso en las más esenciales dotes del dramático.

No cerrado aún el ciclo de aquellas heroicas luchas y aquellas gigantescas reconstrucciones de 1876 a 1883, emprendió y realizó Menéndez y Pelayo la *Historia de las ideas estéticas*, obra que es como un ancho ventanal florido abierto sobre los espléndidos horizontes de la belleza mundial, en cuyas remotas lejanías arden con místico fulgor, como de luna, las claras bienaventuradas ideas de Platón.

La *Historia de las ideas estéticas*, realizada en la plenitud de la vida, en el hervor magnífico de la sangre y de la mente, al cerrarse el ciclo de las heroicas polémicas, al abrirse el periodo de serenidad magnánima que irradia la comprensión suprema, es la obra en que más entero se puso el autor; la más española por el propósito nobilísimo, la más europea por el contenido y por el hospitalario criterio.

Así como la *Historia de las ideas estéticas* es un libro europeo, la de la poesía hispano-americana es un libro intercontinental, étnico, con el que se inicia la magna reivindicación de España como colonizadora y civilizadora de América.

Páginas viriles y confortadoras son estas en que con la austera elocuencia del hecho y del documento, se esclarece ante nuestros ojos una gran zona de la edad más interesante en los fastos humanos, un gran período borrado por la calumnia antes de haber sido iluminado por la historia, y siguiendo los pasos del maestro, como que presenciábamos materialmente la generosa fusión de las almas y de las vidas entre americanos y españoles.

Entre las grandes reedificaciones que debemos al esfuerzo de aquel hombre que fué él solo todo un Renacimiento, ninguna acaso tan cara al sentimiento nacional como la de nuestro teatro, expresión la más sintética y representativa del genio de nuestra raza.

Lo que *Celestina* es, lo que atesora, lo que sugiere y significa el caudal enorme de elementos propios y extraños de que se nutrió la grande obra, asimilándoselos mediante la energía transformadora del arte, la innovación que representa en la dramática europea, el inestimable contenido estético, la inmensa aportación de materiales con que ella sola contribuye a la formación de nuestra dramaturgia, más aún que a la de nuestra novelística, evidenció Menéndez y Pelayo en un portentoso estudio.

Asombra el soberano acierto crítico y la genial

adivinación estética con que la inteligencia sublime de Menéndez y Pelayo estudió la obra de Lope de Vega. Conocedor como nadie de la psicología y aún de la fisiología de Lope de Vega, pudo con lógica rigurosa deducir del árbol el fruto y del hombre la obra. Asombra la suma de erudición que significa la obra inmensa de Lope y su estudio y comentarios realizados por Menéndez y Pelayo: los doce enormes tomos de la edición académica suponen triple formidable bibliografía.

Pero aún le debemos mucho más; al reconstruir entera la personalidad y la crítica de Lope acabó de reconstruir casi entera la personalidad y la crítica de Calderón, ya genialmente adivinadas en *Calderón y su teatro*. En cuanto a Tirso, los juicios que Menéndez y Pelayo formuló acerca de él, constituyen la base de la crítica del gran mercenario.

Menéndez y Pelayo estudió en su maravillosa *Antología de poetas líricos castellanos* la poesía, el alma toda de Castilla.

Otra obra que bastaría para inmortalizar a su autor, es la inconclusa y monumental *Historia de la novela*, a cuyo plan primitivo fué dando Menéndez y Pelayo tal amplitud, que la introducción resultó no un nuevo prólogo sino una historia bastante detallada de la novela española anterior a Cervantes. En esta obra hay estudios enteros en cuya ejecución la pluma de Menéndez y Pelayo se iguala con el pincel de Velázquez, cuando éste, en su última manera sintética, realizó el milagro estético de pintar suprimiendo el color al paso que prodigaba el alma. Complemento de esta obra son los dos admirables estudios de Galdós y Pereda, con los cuales vino a darnos Menéndez y Pelayo casi íntegra la historia de la novela española.

La obra colosal de Menéndez y Pelayo tenía por objeto a España, la reedificación de su pasado y la resurrección de su espíritu. Pero la España de Menéndez y Pelayo, no es la España mutilada de hoy, era la España que la mano creadora entalló como en un sólo bloque invisible entre el Pirineo y el abrazo magnífico de dos mares; así para el maestro, que jamás confundió el concepto político de Estado con el concepto étnico de nación, no existieron las fronteras de Portugal, que no son geográficas ni étnicas, y ante las cuales no se cortan las vértebras graníticas de las cordilleras insertas en nuestra orografía hispánica, ni se atajan las venas de los ríos brotados de la entraña del terruño nacional, como no hay [quien evite ni ataje los milenarios atavismos que nos unen; era la España grande el único pueblo que alcanzó a pluralizar su nombre, cuando al completar la tierra se repartió entre las dos grandes Españas de aquende y de allende el Océano, porque nuestra hidalga madre

no conquistó para poseer manadas de pueblos esclavos, sino para ensanchar los dominios de Dios y de nuestro espíritu; por eso el imperio de la lengua española, es el imperio espiritual más grande de la tierra.

Para todo ese imperio escribió Menéndez y Pelayo. Cuando rápidamente se recorre la extensión oceánica del gran polígrafo, al cerrar el último volumen hojeado, el lector se siente sacudido por una racha de infinito deslumbramiento y un sagrado soplido milenario que brota de lo hondo de nuestro etnicismo y crece a lo largo de las páginas del maestro; nos impulsa a continuar nuestra historia. Y en verdad que tal rapto patriótico es el solo comentario digno de la obra de Menéndez y Pelayo, que no se produjo por mero deleite estético, sino para estímulo viril y regenerador que nos arranque a nuestra vergonzosa desestimación nacional. Porque si cada uno de nosotros reviviese en su corazón la España que revive en la obra de Menéndez y Pelayo, aún podríamos asistir a la resurrección gloriosa de esta gran madre de naciones.

Al terminar la egregia dama la lectura de su conferencia, escrita en una prosa impecable y bellísima, una estruendosa ovación, que duró por espacio de cinco minutos, resonó en el teatro.

El triunfo de doña Blanca de los Ríos ha sido tan grande como lo merecía alcanzar por sus talentos de erudita y sus exquisiteces de artista.

La conferencia de anoche fué en suma, una brillantísima continuación de la serie extraordinaria organizada por el Ateneo.

La próxima conferencia se dará el día 18 y estará a cargo de don Antonio Royo Villanova.

El tema de esta conferencia es el siguiente: «Aragón, Cataluña y Castilla como factores de la vida nacional».



Desde Gibraltor

UNA CONFERENCIA DEL SR. MARCHENA COLOMBO

En la serie de conferencias que a iniciativas del prestigioso maestro don Rogelio Fajardo, vienen celebrándose en Gibraltor, también tocó el turno al Director de LA RÁBIDA.

Sentimos no publicar íntegra la improvisación del señor Marchena, limitándonos a insertar lo que ha dicho nuestro querido colega local *La Provincia* y algunos párrafos que pudimos tomar nosotros.

A las nueve y media de la noche el espacioso

salón de sesiones de las Casas Capitulares se hallaba rebosante de público.

En el estrado tomaron asiento el señor Marchena y los amigos que le acompañaron desde Huelva y otras personalidades.

Como nota simpática merece anotarse la presencia en el estrado de distinguidas y bellísimas damas.

Apagados los aplausos con que es acogida la presencia del conferenciante, comienza éste su discurso.

En tono sencillo y familiar se dirige al auditorio para explicar la razón de su presencia en aquel lugar.

Dice que no se propone dar una conferencia porque estas suponen el agotamiento de la materia que haya de ser objeto de las mismas; tampoco una disertación, porque disertar es tanto como razonar una opinión impugnando la contraria; y mucho menos pronunciar un discurso, porque no trata de convencer y conmover, sino sencillamente «pensar alto» sin pretensión alguna.

Mi labor—añade—ha de ser familiar, y para ello, nada mejor que charlar, contando con el apoyo de vuestra benevolencia, despertando en vosotros, si puedo, el interés, para que acojais mi modesto pensar asimilándoos lo que creais útil.

Dirigiéndose en elocuentes párrafos al auditorio, dice que ya sea la curiosidad, ya el afán de saber la razón que les haya movido a la asistencia, es indudable la utilidad de estas conversaciones, pues de ellas puede nacer el germen que, prendiendo en el alma del pueblo, ha de fecundarle la inteligencia y tonificarle los sentimientos, hasta formar el alma colectiva, supremo fin de la vida ciudadana y base de la regeneración de la Patria.

Estas conferencias que venís organizando y que debían extenderse a todos los pueblos, como un apostolado, para templar la rudeza de las costumbres, enaltecer los sentimientos y arraigar la virtud de la tolerancia, os enseñarán a miraros con más simpatía los unos a los otros, a perdonaros los errores, a levantar el alma a ideales más altos, convencidos de que cuando el sol sale, sale para todos, fecundando con su calor la tierra entera y dorando todos los trigales, que las bajas pasiones de la tierra ni alteran el orden de las cosas, ni tienen otro fin que el de amargar las horas plácidas de la vida con las tristezas de los odios.

Dirigiéndose al maestro señor Fajardo, elogiándolo por la labor honda y transcendental que realiza en el pueblo de Gibraltor, hace un bello comentario comparando al maestro con el labriero que con la semilla, extendiéndose sus raciones sobre la im-

clamando en un hermoso párrafo la supremacía de la función docente sobre toda otra, por llevar envuelto en su bandera el alborear de una nueva patria.

La idea de Maestro—dice—no tiene límites en el mundo porque todo está sujeto a enseñanza y todo toca al dominio del maestro. Arte, ciencia, historia, filosofía, revelación, anhelos de las almas, misterios de lo increado, ser o no ser, todo puede investigarlo el maestro que unas veces bebe la cicuta como Sócrates y otras veces lo coronan de espinas, muriendo en una cruz; que en todos los solemnes momentos en que las entrañas de la Historia se conmueven para dar paso a una nueva verdad en la que puedan comulgar los espíritus encontrando nuevas fuentes de vida, allí estará el maestro, recibido con palmas por los oprimidos y escarnecidos por los opresores, que en la redención del mundo, la palabra maestro tiene siempre caracteres escritos con sangre.

Califica a la escuela de iglesia y canta, en un inspiradísimo párrafo, la hermandad del templo de la inteligencia, escuela, con el de la divinidad, y el del trabajo, fábrica, taller, bajo la espléndida cúpula del templo de la Naturaleza, suprema expresión de la belleza, estudiando la misión confiada a cada uno y la influencia que ejercen en la vida.

En estos momentos es imposible seguir al orador en su magnífica improvisación.

Pide para la escuela el lugar preeminente que le corresponde y la atención de las clases populares para que hagan presión cerca de las clases gobernantes, a fin de conseguir que las generaciones actuales y venideras salgan del templo de la inteligencia, limpias de espíritu y de cuerpo, y con la sensación agradable de lo bello y de lo bueno.

Describe la impresión que en su ánimo ha producido la visita a la escuela nueva, que gracias a la iniciativa privada, encauzada por el señor Fajardo, se está organizando en Gibraltor, tributando un cumplido elogio a los métodos de enseñanza puestos en práctica y entusiásticos aplausos a las iniciativas que sobre museo escolar, mutualidad, gimnasio, higiene, etc., bullen en la mente del infatigable propagandista de la cultura señor Fajardo.

Define la educación, diciendo, que consiste en vivir la vida viviéndola en todos sus aspectos, llegando en brillantes razonamientos a la necesidad de practicar la educación integral.

Alude a la Historia para deducir la consecuencia de que los pueblos que no cultivaron la educación en toda su amplitud, murieron.

Grecia, Cartago, Roma, Alemania, desfilan en admirable pintura ante el auditorio.

El mundo—agrega—no puede ser de una sola idea, ni de un solo poder.

La armonía divina que entonan los astros en su marcha por el infinito, la cantan también los hombres en la complejidad casi infinita del alma humana, y para que las corrientes de vida no se detengan, es necesario, por ser ley escrita antes que comenzaran los siglos, esa variedad que dá a cada raza, su destino, a cada pueblo su sello, a cada ciudad, su carácter, a cada hombre, sus aptitudes, fundiéndose todo en un crisol que no ven nuestros ojos y que se llama amor, fuente de vida, más fuerte que las guerras y los cataclismos sociales, pues renace de las cenizas como las plantas de las ruinas a las caricias del sol, buscando los abrazos de la luz y los besos del aire.

Inútil empeño imponer un solo aspecto de la vida sobre todos los demás por fuerte y poderoso que se sea. En «El Paraíso Perdido», Luzbel cuenta con legiones de ángeles, pero todo su poder no le sirve más que para caer vencido por su soberbia, desde las cimas de la luz a las profundidades de las tinieblas.

Recuerda la célebre frase de Arquímedes y cree hallar el punto de apoyo que pedía el famoso matemático siracusano, en la perfecta educación ciudadana.

Los catecismos sociales os dirán que las personas más educadas son las que obran en sociedad de la manera más acabada en cuanto hace a los cumplidos y a las ceremonias.

No, no son esas, que también la educación, tomando la forma por el fondo, puede tener su fari-seísmo.

La cortesanía que puede ser adulación y vileza, no puede confundirse con la verdadera educación que es amar al hombre. Los que más practiquen y más sientan la gloria del mérito, los que más sientan la emulación de la virtud, serán los mejores educados. El amar al prójimo como nos amamos a nosotros mismos es una hermosa fórmula de educación.

Pide que se utilice nuestro hermoso idioma como vehículo el más poderoso para la formación de una nueva Patria, grande, respetable y respetada, fomentando los cantos patrióticos que tan poderoso influjo han ejercido en la educación de los pueblos.

Preconiza el estudio de la Historia y dice que deben constituirse asociaciones particulares para que encarnen en nuestras costumbres la celebración de los días que recuerden fechas gloriosas de la nación, a fin de que los niños aprendan a mirar con respeto el patrimonio que hemos heredado de nuestros ascendientes, patrimonio tan rico que, di-

ce el orador, se fué formando de trofeos gloriosos conquistados en todos los continentes; y como si esto no fuese bastante, nún descubre un mundo que nutre con su savia fecunda en heroismos y sacrificios.

Canta la espléndida tierra andaluza, diciendo que ya es tiempo de que sepamos apreciar lo que vale, desechando ese snobismo cursi de considerar malo cuanto es nuestro, a fin de aparecer como superhombres cuando no hay nada más «superne-cios» que renegar de lo propio y ensalzar lo extraño, cuando ni lo uno ni lo otro—y esto es lo más triste—se conoce.

Enaltece al pueblo de Gibraleón, que por suscripción pública ha construido una escuela; ejemplo—añade—que debían todos imitar; que escuela que se abre es como campo que se rotura y si el labrador es celoso y cuida de la semilla, tendrá frutos como los que hemos presenciado esta tarde, pues nada más simpático e interesante que ver los niños irse hacia el maestro con los ojos alegres y los labios rientes para darle el adiós de cortesía.

En un galano y florido párrafo, dedicado a las damas, las exhorta a que se aparten de todo sectarismo y prejuicio, prestando su concurso a la labor emprendida, y termina rindiendo pleitesía a ellas y sus respetos y agradecimiento a todos.

*
**

Como se trata de nuestro Director, no decimos nada del entusiasmo que provocara su improvisación; nuestro único sentimiento es no haberla podido recoger íntegro.

Por lo demás, no quedaríamos como buenos, si no dedicáramos cumplidos elogios al señor Fajardo, maestro ilustradísimo y trabajador infatigable—muchos como él—que haciendo de su ministerio un sacerdocio, ha conseguido el milagro de las conferencias de Gibraleón, ayudado por don Silvestre Sabater y por don Diego Quintero.

Bien ha demostrado esta trinidad que tienen derecho al respeto y gratitud del pueblo de Gibraleón, que más hace el que quiere que el que pue-

de, y lo prueba el que hayan hecho un acontecimiento cultural en la provincia de las «Conferencias de Gibraleón».

Bien hayan los que así proceden. LA RÁBIDA tiene una verdadera satisfacción en publicar en sus columnas el retrato de esos tres hombres que, en su modestia, ponen un grano de arena—¡ay si todos hicieran lo mismo!—en la regeneración de la Patria y aplaude sinceramente a los habitantes del pueblo vecino.



Para que la lean todos los onubenses

Habana 7 Mayo 1915
Al Sr. D. José M.^a Marchena Colombo.

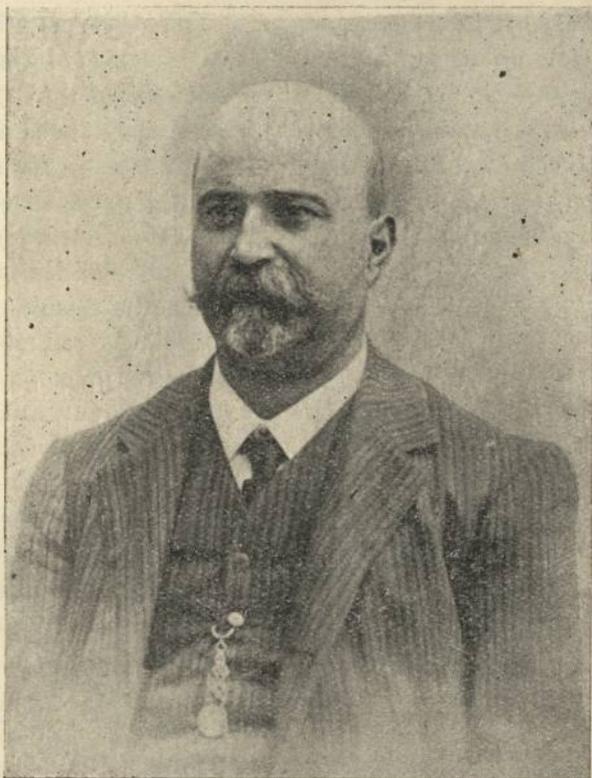
Huelva.

Mi estimado y caballeroso amigo: Es en mi poder su carta fecha 19 del pasado mes de Abril en la que me acusa recibo de mi anterior en que le daba cuenta de haberle hecho entrega al honorable señor Presidente de la República de su título y del Album de fotografías. Hoy, puedo decirle que ya ha llegado a poder del Dr. Baños su título, faltándome tan solo el de

don Nicolás Rivero; al igual que los anteriores, tendré el gusto y el honor de entregarlo personalmente.

Ya ve usted, amigo Marchena, que el antiguo médico del *Patria*, de aquel barquito que valiente y coquetón surcó atrevido las aguas del Atlántico, no en balde prometió un día al amigo Marchena ocuparse con gran interés de la Colombina Onubense.

Un día dejé mi hogar y mis afectos para cumplir con los deberes del marino y para cantar en los países que visitamos las bellezas de mi patria, contribuyendo a nuestra revelación como Marinos y como Pueblo ante el mundo; llevando a los hermanos de raza, de ideas y de idioma, de costumbres y de religión el testimonio del afecto y la consideración de los de aquí, y francamente, creo que lo conseguimos; nosotros luchamos y la lucha conduce siempre al triunfo, y tanto más, si reina en los



D. Diego Quintero, Secretario del Ayuntamiento de Gibraleón, decidido protector de la cultura y uno de los más entusiastas campeones de las Conferencias que se han dado en dicho pueblo.

corazones el entusiasmo y si como nosotros, se marcha cuesta arriba sin prejuicios y sin vanidades, sin otro ideal que triunfar por la verdad y por la razón, por la fuerza de los hechos probados, que como usted sabe, no admiten discusión; y quisimos triunfar, no para envanecernos y cubrirnos con mantos de gloria ni mucho menos, sino para tener la satisfacción íntima del deber cumplido.

Durante nuestro viaje adquirimos nuevas amistades, nuevos afectos, nuevos compromisos, entre ellos el *más grande*, el *más sublime* (si usted me lo permite), el de la Colombina, y espero, Dios mediante, que nos será posible escribirle un día pidiéndole que nos acompañe a celebrar la fecha del descubrimiento de América en nuestro suelo, en nuestra casa, que es suya también... sí, en la casita criolla.

Muy pronto le escribiré en papel timbrado como el que ustedes usan, cambiando la palabra «Onubense» por Cubana.

Yo necesito que usted me envíe el mayor número de datos posibles; si ustedes me pueden enviar un reglamento, mejor, así andaremos más unidos en todo, y toda la parte de historia que usted pueda; esto a la mayor brevedad, pues yo pretendo ver coronados todos mis afanes y mis trabajos en una gran Sesión celebrando la fecha de Agosto, por primera vez en Cuba; ayer con los de allá; hoy con los de aquí...

Pretendo conseguir que se declare festiva en Cuba, la fecha del descubrimiento de América y otras cosas más. En fin, amigo Marchena, que tengo en la cabeza un mundo de ideas y espero vencer, ya usted sabe que quien no espera vencer, está de antemano vencido...

Necesito que usted me mande una colección de fotografías como las del honorable señor Presidente, pues quiero hacer una activa propaganda por los periódicos de esta capital; ya sabe usted cuanto puede el cuarto poder del Estado.

Y ahora oiga, Marchena; a nuestro paso por esa culta ciudad que tanto nos encantó, tuve el honor de dedicar a la Colombina Onubense en aquella *Sesión solemne* que tuvimos en el Convento de Santa María de la Rábida y que *jamás se me olvidará*, tuve el honor de entregar a la Sociedad una monedita de oro que llevaba para poner de dije en un pulso de mi madre; ella era del cuño de los Estados Unidos de América, nuestra moneda Oficial entonces; hoy voy a tener la satisfacción de enviarle una Cubana, de curso legal y de igual valor que la de los Estados Unidos actualmente.

En espera de prontas letras suyas se despide reiterándole sus afectos y amistad invariable con saludo para los Colombianos,

Sansores hijo

* * *

Si hemos puesto el título «Para que la lean todos los onubenses», a la carta del ilustre médico del crucero cubano *Patria*, señor Sansores hijo, ha sido con el fin de evocar en nuestros convecinos el recuerdo de las fiestas patrióticas colombinas del año anterior y resucitarles las palabras, las conversaciones, los hechos, los entusiasmos, los vivos... y a los que fueron a la Rábida, el momento único de la constitución de la Colombina Onubo-Cubana en las celdas que nos cediera un ministro para nosotros de feliz memoria, el señor Bergamín.

Y si al leer los párafos sentidos y vibrantes de la carta del señor Sansores, profesión de fé y expresión de voluntad dignas de aprenderse y de imitarse si las grandes ideas han de convertirse en hechos, todos y cada uno de los onubenses, se ponen delante los días en que la bandera cubana, hija de la española, se confundió con la imagen del convento de Santa María de la Rábida reflejada en las aguas de los ríos sagrados, primeros que cruzaron las carabelas colombinas, y hacen exámen de conciencia; reconocerán que la visita de aquella nave y de aquella juventud por la que habló la palabra cálida y hermosa del señor Sansores hijo, fué para la Colombina y para este rincón del solar madre de toda la América, algo como la realización del sueño de nuestros progenitores, de aquellos hombres de Huelva ¡gloria a ellos! que en los días en que los errores de nuestra política y nuestros políticos nos apartaban, sembrando enconos, de los pueblos que tienen nuestra misma sangre, nuestro mismo nervio y nuestra misma lengua, fundaban la Sociedad Colombina Onubense y desde el mirador del humilde convento, santuario de la raza, adivinando un porvenir de gloria, evocaron, a través del Atlántico, los amores ancestrales y abrieron los brazos, predicando paz y fraternidad, borrando en actos (el IV Centenario del Descubrimiento y otros) que son páginas de la historia del mundo, rencillas, envidias, calumnias y odios.

De providencial calificamos nosotros la llegada del *Patria* y tendrán que convenir los más pesimistas, los más excépticos, los más... distraídos, ¿por qué no hemos de emplear el lenguaje de la santa verdad? los que más nos combatieron, que providencial es, dada la modestia de la Sociedad Colombina, el saber que sus fiestas del 3 de Agosto no se han de celebrar ya solo en nuestros hogares, en la casa de Huelva, sino en la Perla de las Antillas, en la casa criolla, en la casa cubana.

Amigo Sansores, nosotros que convivimos con ustedes muchas horas e hicimos profesión de fé en el ideal humano y de la raza, la tarde que los marinos del *Patria* a la voz de su Comandante desfilaron en columna de honor ante el monumento a los

Descubridores y tuvimos, en nuestra pequeñez, el orgullo legítimo, que sabemos guardar como prenda de amistad que el tiempo no borra, de entregar al señor don Rodolfo Villegas el modestísimo recuerdo de los Colombianos, recuerdo que no quisisteis aceptar sin hacer también vuestra ofrenda, sabemos lo que valen aquellos jóvenes que riendo y cantando, con la alegría de vivir, sintieron de pronto, al llegar a la Rábida y entrar en sus claustros, que se les velaban los ojos, y era de ver cómo sin darse cuenta se cuadraban.

Cuanto usted pide hemos de mandarle, que también nosotros tenemos por lema ¡Adelante! y es gran verdad que «El que no espera vencer está siempre vencido.» ¡Si pensarían vencer Colón, los Pinzones y las gentes que les acompañaban!

Y ahora nos tiene que perdonar hayamos publicado su carta, puramente privada, pero Huelva, y no lo olvide, amigo Sansores, tiene en el oído el discurso de usted en el Círculo Mercantil y nosotros para alentar a los que combaten y hacer justicia al médico del *Patria*, hemos abusado de su bondad y de su confianza.

Los que comparten la fraternidad de un mismo ideal tienen que padecer esos abusos.

Como estos renglones son la expresión de todos los Colombianos, lo firma por ellos

J. Marchena Colombo

BIBLIOTECA DE "LA RÁBIDA"

Hemos recibido:

«La Voz de Fernando Póo», Abril, Barcelona; «Juventud Argentina», Barcelona; «El Herald», periódico científico, evangélico e ilustrado, Figueras (Gerona); «Reglamento general del Primer Congreso Nacional de la Prensa no diaria», Barcelona; «Boletín de Historia y Antigüedades», órgano de la Academia Nacional de Historia, Bogotá (Colombia); «Boletín de la Secretaría de Fomento, Obras Públicas y Agricultura», Enero y Febrero, Tegucigalpa (Honduras); «Cultura Hispano-Americana», Abril, Madrid; «España y América», Abril, Cádiz; «La Alhambra», Abril, Granada; «Los Niños», revista infantil, Abril, Madrid; «Heraldo Nacional», Barcelona; «El Distrito», Abril, Aracena.



ES NUESTRO DEBER

Estamos en los últimos días del mes de Mayo y hasta la fecha, que sepamos, nada han hecho ni dicho las corporaciones oficiales que tienen presu-

puesto, acerca de las fiestas patrióticas colombinas del próximo Agosto.

Es verdad que la situación económica de nuestro Municipio no es envidiable, pero nosotros creemos que con el concurso de la Excm. Diputación y la cooperación pública, se puede hacer lo de siempre y aún más, porque quizás no se haya dado ni se dé en la historia un momento como el actual para celebrar la fiesta de la raza, conmemorando un hecho que, sin legiones de conquistadores, ni derramamiento de sangre, evocó un mundo de las aguas como premio a la fé de los que salieron de estos lugares.

Es cierto que la Sociedad Colombina Onubense celebrará con más solemnidad su tradicional Certamen, dándole visualidad americana y quizás vistiendo las jóvenes con trajes que representen regiones americanas y españolas, pero eso no es bastante, porque el estado actual de los espíritus reclama que en la única fiesta patriótica que se celebra en España con carácter ibero-americano, se dé este año más que en otro alguno, la nota de fraternidad, de unión entre pueblos que constituyen una misma familia.

Lo que decimos nos parece tan fuera de duda que creemos está en la conciencia de todos y nos cuesta trabajo pensar haya siquiera un onubense que enjuicie deba prescindirse de las fiestas del próximo Agosto, porque nos parece algo así como si prescindiera de su patria. Esto sin contar con que Huelva necesita de la presencia de la escuadra y del movimiento que representan los días del 31 de Julio al 5 de Agosto.

Porque es nuestro deber escribimos estas líneas y porque LA RÁBIDA se publica principalmente para luchar por la finalidad principal de la Sociedad Colombina.

Pero no queremos entenderlo. Ahí están las celdas que el Gobierno nos cediera y aún no hemos podido llevar a ellas ni un triste sillón, ni una mesa de época donde sentarse para firmar en el album; ahí está la Biblioteca y no hay elementos ni para comprar un mal armario; ahí está el monumento a los Descubridores, y aún sin concluir se caen sus adornos a pedazos; se acercan los días de Agosto y los que deben no se ocupan de lo único grande que tenemos, quedando únicamente los colombinos que con las 2.000 pesetas de subvención del Estado, 500 (aún no cobradas; el año pasado después de consignadas no las pagaron en la Diputación) de la Excm. y 200 socios (cuota una peseta); restando 60 pesetas mensualmente de casa, 30 para un empleado, [correspondencia, impresos, Certamen, decoro social con los que nos visitan, relaciones (Menajes, Albums a los Presidentes de Estado), propa-

ganda con el mundo, etc., resulta un déficit imposible de solventar, pues no solo de pan viven las sociedades.

Ya sabemos que esta es la resultante de nuestra cultura media, mas ya es tiempo de que nos vayamos corrigiendo. En estos días, las figuras más salientes de nuestra oratoria, nuestros escritores más ilustres, nuestros dramaturgos, nuestros políticos, todos, hablan de patriotismo, de raza, de expansiones espirituales y de relaciones mercantiles con los pueblos americanos, y no se vaya a dar el caso—endémico entre nosotros—de que esas palabras, promesas y hasta Reales Ordenes y Decretos, fallen al acercarse el inmediato 3 de Agosto.

Los onubenses tienen la palabra. Con un poco de buena voluntad, ocuparse menos de toros y sentir goce espiritual al contribuir con unas pesetas para enaltecer la tierra en que nacimos, dándole a su gloriosa tradición el respeto que merece, hecho el milagro.

Cuando todos cumplamos ese deber, qué grande será España y cuánto habrán hecho por ella los hijos de Huelva.

Hasta para curarse el alma de pasiones ruines y acabar con estériles personalismos, es un remedio. En la campaña americanista caben todos.

J. Marchena Colombo

SUELTOS

Al publicar hoy el grabado del monumento a la memoria del bizarro marino, hijo de esta provincia, que fué Almirante de la Armada y felicitar al distinguido artista que lo ha esculpido, don Manuel Garci-Gonzalez, ya conocido de nuestros lectores por ser el que hace la lápida que se ha de colocar en la casa donde nació el Excmo. Sr. D. Antonio López Muñoz, saludamos a nuestro colaborador y querido amigo don José-Luis Hernández Pinzón, correspondiente de la Colombina Onubense en Madrid, que también viste el uniforme de marino como su ilustre abuelo, y a la distinguida familia del descendiente de los Pinzones.

Se ruega a las personas de buena voluntad que conceden algún interés a la formación de este Museo (el del Turismo creado en Madrid), se dignen remitir cuantos apuntes, datos gráficos y noticias se les ocurra, para el conocimiento de localidades y regiones poco exploradas. Cifras con una altura o una distancia; postales y toda clase de fotografías respaldadas; todo, por insignificante que parezca, puede ser un elemento interesante, y el cúmulo de

estos datos poco conocidos, acrecentará seguramente este Museo y Catálogo Nacional.

Una cuartilla sin forma alguna literaria y hasta sin firma y bajo sobre dirigida al Marqués de la Vega Inclán, y cuantos elementos de información se dignen comunicarnos, serán valiosos datos de colaboración en una obra patriótica de cultura general, *para aprender y para enseñar*.

El distinguido escritor y académico de la Real Academia Española, honra de las letras patrias, Ricardo León, invitado por nuestro ilustre paisano don Manuel Siurot, ha estado unas horas entre nosotros, siendo agasajadísimo por los elementos intelectuales de la población y autoridades.

Visitó la Rábida, acompañado de los colombinos, haciendo de ellos grandes elogios, mostrándose fervoroso entusiasta de los ideales que defiende la Colombina y ofreciendo a nuestro Director unas cuartillas para LA RÁBIDA.

Por la noche visitó la Academia de Música y las diversas Sociedades en ella agrupadas, siendo salutado por la Directiva de todas las entidades.

En el hermoso patio de la Academia se deslizaron unas horas en agradable, amena y chispeante conversación.

Nuestra salutación al inspirado poeta en prosa y nuestro recordatorio para el cumplimiento de la promesa.

Víctima de larga y penosa dolencia falleció en Villanueva del Ariscal, a donde había ido a buscar alivio a su enfermedad, el día 15 del corriente, don Francisco Bernardez de Silva, estimado amigo nuestro.

El finado era conocidísimo en Huelva, por lo que su muerte ha sido muy sentida.

Testimoniamos nuestro sincero pesar a su distinguida familia y muy señaladamente a sus hermanos don Tomás, don Emilio y don Fernando.

**

Nuestro distinguido amigo don Juan José Mora Doblado, ha pasado por el inmenso dolor de ver morir a su señora madre.

Sinceramente testimoniamos nuestro pesar a nuestro buen amigo y a su respetable familia.

**

Víctima de penosa dolencia ha dejado de existir doña Angeles Pozuelo Almendros, esposa que fué de nuestro estimado amigo don Andrés de Mora Fernández.

Descance en paz el alma de la finada y reciba su atribulada familia las seguridades de nuestro profundo pesar.